

## **Migración y trabajo rural en el Alto Valle de Río Negro**

**Autora:**

**Verónica Trpin.** Magister en Antropología Social. Becaria Doctoral Interna CONICET / UNaMisiones; Docente Universidad Nacional del Comahue. Perú 238 Cipolletti (8324) Río Negro - Tel: 02994770760 [vtrpin@ciudad.com.ar](mailto:vtrpin@ciudad.com.ar)

**Mesa 6. Historia Social: organizaciones y conflictos.** Coordinadores: Dr. Enrique Mases (GEHISo-UNCo) [emases@jetband.com.ar](mailto:emases@jetband.com.ar) y Mg. Edda Crespo [ecrespo@uolsinectis.com.ar](mailto:ecrespo@uolsinectis.com.ar)

En el noroeste patagónico, la zona del Alto Valle de Río Negro se ha caracterizado por la producción intensiva de peras y manzanas y por la continua absorción de trabajadores temporarios y efectivos. A diferencia de períodos en el pasado, desde la década de los '90 la demanda de mano de obra local y migrante se ha retraído, y los ingresos fluctuantes de las familias trabajadoras se devaluaron como efecto de los índices de inflación registrados desde fines del 2001 (Radonich-Steimbregger, 2003). En este contexto, los trabajadores migrantes chilenos que tradicionalmente llegaban a la zona para la recolección de fruta en el verano dejaron de ingresar al país<sup>1</sup>, al tiempo que la llegada de trabajadores “norteños”, provenientes de las provincias de Tucumán, Entre Ríos y Santiago del Estero entre otros, comenzó a ser frecuente para la cosecha.

Estas modificaciones en el mercado de trabajo han sido acompañadas por nuevos requisitos de calificación laboral y de organización del trabajo y por una profundización de la concentración de la tierra, proceso en que los capitales invertidos en la producción directa aparecen asociados a grandes empresas clasificadoras, embaladoras y comercializadoras de fruta<sup>2</sup>.

Estas dinámicas han sido calificadas por los sociólogos rurales como una “nueva ruralidad”, enmarcada en una nueva etapa del proceso de expansión del capitalismo

---

<sup>1</sup> Para el período 1980-1989 en el Alto Valle se registró la entrada de 6250 migrantes de más de 18 años, mientras que en el período 1990-2003 la cifra descendía a 1159 (INDEC, 2003).

<sup>2</sup> Según el Censo Agrario Rural 2005 (CAR), 2788 productores poseen chacras de hasta 25 hectáreas que controlan el 41% de la superficie cultivada, mientras que aquellas de más de 50 hectáreas están en manos de 140 unidades económicas abarcando el 44% del área cultivada.

definida como globalización, en tanto se presentan procesos novedosos como la vertiginosa mundialización de los flujos financieros, la cobertura mundial sin precedentes que ha alcanzado el capitalismo y la universalización de una uniformización cultural (Borón, 1999)<sup>3</sup>, tendencias que impactaron en los espacios rurales.

En Latinoamérica este proceso se manifiesta en la pérdida del protagonismo de los pequeños y medianos productores como dinamizadores de lo rural, profundizándose la presencia de empresas integradas a las demandas del mercado internacional. Miguel Teubal sostiene que muchos de los fenómenos que se agudizaron en las últimas décadas en América Latina reflejan la intensificación del dominio del capital sobre el agro en el marco de un proceso capitalista crecientemente globalizado: “la precarización del empleo rural; la multiocupación; la expulsión de medianos y pequeños productores del sector; las continuas migraciones campo-ciudad; la creciente orientación de la producción agropecuaria hacia los mercados; la articulación de los productores agrarios a complejos agroindustriales en los que predominan las decisiones de núcleos de poder a grandes empresas transnacionales” (2001: 47), acompañando la creciente concentración de la tierra relacionada con el capital financiero y agroindustrial.

En el Alto Valle no pueden desconocerse estos procesos y el modo en que los propios trabajadores resignifican cambios en su condición laboral al vincularse actualmente con una gran empresa y no con un pequeño chacarero y con un compañero migrante limítrofe o “norteño”, o aprender nuevas formas de realizar tareas culturales: es allí donde la nueva ruralidad es experimentada por actores concretos. Tendencias como la presencia de las plantas de empaque, conservación en frío y despacho de fruta en complejos con dinámicas industriales no pasan desapercibidas en el Valle para los trabajadores: la dinámica “postfordista”<sup>4</sup> se instala en lo rural, combinándose niveles

---

<sup>3</sup> Autores como Atilio Borón (1999) y James Petras (2000) advierten sobre el uso ideológico del término, sosteniendo en cambio la vigencia de la noción de imperialismo.

<sup>4</sup> Guillermo Neiman y Germán Quaranta advierten sobre el uso acrítico de conceptos surgidos del análisis de la reestructuración industrial para explicar cambios acontecidos y en curso en el mundo rural. Consideran que “los procesos de cambio que afectan a la agricultura en general, y al trabajo y el empleo asociados a la misma en particular, están sujetos a una doble contingencia: por un lado, la que deviene de las condiciones atribuibles a las tendencias de globalización y reestructuración; por otro, la que toma como referencia las especificidades sectoriales” (2000: 64). Por su parte, Mónica Bendini y Pedro Tsakoumagkos sostienen que “las conocidas políticas neoliberales, actualmente hegemónicas, se correspondían con este postfordismo; donde el individualismo metodológico de la teoría ortodoxa encuentra las respuestas a los problemas (...) en el mercado: sus mecanismos son la desregulación, la apertura y las privatizaciones. Otro tanto sucede con la legislación laboral y sindical, aunque su flexibilización sería, entonces, una mera adecuación a las nuevas condiciones –flexibles precisamente- de producción y de mercado” (2000: 92).

elaborados de productividad y calificación laboral; los parámetros de producción y exigencias “de calidad” de la fruta reorganizan no sólo el trabajo sino las formas de socializarse como trabajadores dentro de las chacras.

Este contexto laboral conllevó una revisión de conclusiones esbozadas en trabajos anteriores, centradas en la vigencia de la etnicidad de grupos migratorios como un elemento de clasificación y socialización de los trabajadores en la fruticultura del Alto Valle de Río Negro<sup>5</sup>. Los chilenos que residen en la zona y trabajan en forma efectiva se sitúan actualmente en relaciones en las que no negocian “cara a cara” con la patronal chacarera española o italiana sus condiciones laborales, y en las que conviven con compañeros de trabajo argentinos y temporarios “norteños” que son acusados de “aceptar cualquier condición de trabajo”. Ante esto cabe preguntarse, ¿cómo significan los propios actores su situación laboral y la complejidad de su condición de trabajadores migrantes y extranjeros? Estas inquietudes permiten dejar de observar a los “objetos de estudio” sólo como sujetos económicos en relaciones laborales, sino también portadores de una identidad en la que se debate la resignificación de la pertenencia de clase y la adscripción étnico-nacional ante una “nueva ruralidad”.

### **Chilenos en la fruticultura**

En el sur del país la presencia de migrantes, en este caso, de origen chileno, está vinculada con la contratación de mano de obra en una dinámica productiva regional<sup>6</sup>. En el noroeste de la Patagonia argentina, la zona del Alto Valle de Río Negro se ha caracterizado por la producción intensiva de peras y manzanas en predios de entre 5 y 10 hectáreas conocidos como chacras, y por la continua absorción de trabajadores rurales temporarios y efectivos, en su mayoría provenientes de Chile.

La actividad frutícola se consolidó en esta zona a principios del siglo XX sobre la base de pequeños propietarios llamados chacareros y su familia era la

---

<sup>5</sup> Estos trabajos se valen de la etnografía como enfoque, cuya peculiaridad consiste en “elaborar una representación coherente de lo que piensan y dicen los nativos, de modo que esa descripción no es ni el mundo de los nativos, ni cómo es el mundo para ellos, sino una conclusión interpretativa que elabora el investigador (...) (producto) de la articulación entre la elaboración teórica del investigador y su contacto prolongado con los nativos” (Guber, 2001:15)

<sup>6</sup> La absorción de mano de obra de origen chileno en la Patagonia a lo largo del siglo XX estuvo centrada en polos de desarrollo regional como la extracción petrolera en Comodoro Rivadavia, la carbonífera en Río Turbio, el turismo en San Carlos de Bariloche, las obras hidroeléctricas y el petróleo en Neuquén entre otros (Ver Bandieri, 2001; Cerutti y Lvovich, 1993; Kropff, 2001; Marquez y Palma Godoy, 1995; Mases y Rafart, 1994; Perren, 2005 y Vidal, 2000).

unidad doméstica responsable de la producción y la cosecha, característica compartida con otras explotaciones rurales de la Argentina (Archetti y Stolen, 1975; Bartolomé, 1974; Schiavoni, 1995). Sin embargo, el crecimiento de la actividad desde 1950 excedió la capacidad de las unidades domésticas por dos razones: por un lado, se trata de un trabajo que requiere fuerza física, y por el otro debe realizarse rápidamente atendiendo a los plazos de maduración y a su posterior traslado a los galpones de empaque y frigoríficos. Estos elementos marcaron la continua demanda de mano de obra extra-familiar que fue resuelta con trabajadores estacionales llegados desde otros lugares<sup>7</sup>.

La expansión de las pequeñas y medianas producciones frutícolas constituyeron un mercado de trabajo en crecimiento en vistas de la evolución de la superficie sembrada con frutales, el incremento de la productividad y el de las exportaciones<sup>8</sup>. “El asalariado rural, antes mayoritariamente golondrina, encontró opciones complementarias que le permitieron asentarse en forma definitiva” (Bendini y Radonich, 1999: 43) junto a sus familias, evaluando las diferencias que podía hacer organizando sencillas divisiones del trabajo en su seno para incrementar la productividad y sus ingresos<sup>9</sup>. Además, asentarse en la zona les permitía a los hombres realizar otros trabajos ligados, por ejemplo, a la construcción, en los períodos de baja demanda de mano de obra en las chacras; las mujeres ingresaron al empleo como domésticas o en la industria del empaque de fruta.

El paulatino abandono de las chacras como lugar de residencia de los patrones, y su traslado a la ciudad en busca de prestigio y confort, fue otro elemento que derivó en la presencia de “capataces” o “encargados” de chacra que, en muchos casos, habían sido trabajadores temporarios y extranjeros “pero de confianza”, y que pasaron a desempeñarse como trabajadores permanentes que cuidan, administran y controlan las explotaciones.

---

<sup>7</sup> Un estudio realizado por Elba Kloster, Marta Radonich y otros (1992) plantea la relación entre el tamaño de las explotaciones y la capacidad de absorción de trabajadores temporarios y estacionales, observándose que las grandes propiedades de 25 hectáreas y más son las que poseen “mayor cantidad de mano de obra permanente” mientras que la presencia de trabajadores estacionales se mantiene en éstas y en las de 1 a 10 hectáreas.

<sup>8</sup> Entre 1965 y 1980 la superficie de cultivo se incrementó en más de 20.000 hectáreas, mientras que la producción pasó, en el mismo período, de 424.600 toneladas de manzanas a 780.000, debido a la incorporación de tecnología que maximizó la calidad de fruta de exportación.

<sup>9</sup> Es común que el jefe de familia realice la recolección de fruta de los árboles destinada a la empacadora mientras que las mujeres y los niños colaboran juntando fruta del piso que luego se destina a la industria.

El proceso de concentración de la tierra que comenzó a observarse desde la crisis de la fruticultura de 1976 también favoreció la contratación de personal permanente en las unidades productivas. Desde entonces las medidas económicas nacionales de corte monetarista, sostuvieron una apertura económica que perjudicó seriamente a las economías regionales. La eliminación de subsidios a empresas no tradicionales y la baja en el precio de exportación ante nuevos competidores como Chile, tendieron a descapitalizar al pequeño chacarero, generándose un proceso en el que el precio del productor perdió posición frente al precio de exportación, desapareciendo su poder de negociación frente a otros agentes económicos (Kloster y Radonich, 1992). Esta situación derivó en la incapacidad del productor de hacer frente a los gastos productivos, recurriendo al alquiler o venta de su chacra a empresas que concentraban el empaque y la comercialización de la fruta. De esta manera, el control de pequeñas unidades productivas por parte de una misma firma hizo necesaria la contratación de personal permanente como “encargado” de la chacra.

Es así es como la histórica presencia de migrantes chilenos en el Alto Valle debe observarse como parte de un proceso productivo en el que se insertaron como asalariados. La desigual integración económica de chacareros y trabajadores chilenos marcó una división del trabajo que en la actualidad es co-productada por los mismos actores. Los dos sectores estuvieron integrados a una dinámica que los hizo parte del espacio de las chacras, unos como dueños, otros como trabajadores y residentes, pero la integración desigual de unos y otros reflejó el modo en que cada sector vivió su asimilación a la sociedad mayor y contribuyó a reproducir las diferencias socio-nacionales como chacareros “blancos y argentinos”, y trabajadores “más chilenos que argentinos”, como suelen referirlos los pobladores de la zona.

A través del trabajo de campo realizado en el paraje Contralmirante Guerrico, ubicado en el Alto Valle entre las ciudades de General Roca y Allen, observamos que la división nacional del trabajo donde ser chileno y ser trabajador se refuerzan asimétricamente constituye un modo de reproducción familiar y de inserción laboral que desarrollaron los trabajadores en su cotidianeidad local, reproducción familiar que no se limita a prácticas meramente productivas. Algunas familias de trabajadores rurales de origen

chileno garantizaban a su descendencia argentina la posibilidad de una inserción laboral sostenida, tanto en una socialización en el trabajo como en una identidad etno-nacional chilena, en la que ser trabajador rural se tradujo como ser chileno (Trpin, 2004). De este modo, los chicos argentinos adscriptos y autoadscriptos como chilenos se insertaban tempranamente en la producción a través del aprendizaje de las tareas culturales en la chacra y de la incorporación de elementos identitarios chilenos, a través de lo cual se constituyen como “buenos trabajadores de las chacras” en comparación con otros trabajadores de origen paraguayo o del norte argentino.

La investigación del proceso de reproducción de la chilenidad en descendientes de migrantes chilenos, se inició en la escuela primaria N°68, desde el trabajo con alumnos a lo largo de 1998 y 2000 bajo la dinámica de un Taller de Historia Oral. En la escuela se pudo observar la relación que establecían algunos chicos con sus maestros que, en algunos casos, pertenecen al sector chacarero de Guerrico. Al tiempo que los chicos manifestaban su chilenidad, eran los mismos maestros los que los identificaban de este modo.

Este trabajo describió el proceso por el cual tanto los agentes del Estado Argentino como la población de origen europeo y hasta los mismos descendientes de chilenos, contribuyen a reproducir esa adscripción, aún cuando ser tildado de “chileno” reviste, en la Patagonia Argentina, el carácter denigratorio de un estigma social congruente con el espíritu homogeneizador de la política migratoria argentina, instituida desde la Constitución Nacional de 1853.

La adscripción y autoadscripción de estos argentinos a la categoría de chilenos debía enmarcarse en las relaciones sociales que tienen lugar en el proceso de reproducción del trabajador frutícola, proceso donde se conjugaban el trabajo, la familia y el lugar de residencia. Desde su socialización familiar los descendientes de chilenos etnifican su lugar de trabajadores mientras que al trabajar ratifican su nacionalidad. En este doble juego co-producían su relación de subalternidad no sólo entre las dos nacionalidades medulares del contexto patagónico, la argentina y la chilena, sino también entre las dos clases sociales del sistema capitalista, dueños de los medios de producción y vendedores de fuerza de trabajo.

La reproducción de una división nacional del trabajo donde ser chileno y ser trabajador se reforzaron asimétricamente, no era el producto de actos discursivos inmoralmemente discriminatorios de parte de los productores europeos y de los agentes

locales del Estado (maestros, agentes sanitarios), sino de las relaciones de socialización y poder en las que participan maestros, patrones y familias de diverso origen en la escuela, la chacra, los caminos secundarios, los almacenes y los lugares de esparcimiento. En estos sitios de la cotidianeidad de los pobladores es donde argentinos, chilenos y gente de otras nacionalidades, reproducían como significativa y vigente la categoría de “chileno” como recurso de inserción laboral.

Ser trabajadores de chacra se revelaba, entonces, como una adscripción íntimamente vinculada con ser chilenos y permanecer dentro de esa clase implicaba no sólo conocer el trabajo sino también reproducir cierta chilenidad. De esta manera lo comentó Juan, un chico de la escuela:

como estén cubiertos (con el personal necesario) o no en la chacra se van a otra o se quedan ahí mismo, pero generalmente se van a trabajar a otro lado, o le ayudan al padre, a cosechar... Todos los pibes (mayores de 13 años) que conozco no van más a la escuela y están todos trabajando, porque a través del padre consiguen, por referencias, por chilenos, pero todos tiene que tener documento.

En la cotidianeidad la necesidad de tener documento para poder trabajar parecía ser una representación más que un elemento definitorio, la familia como unidad productiva era el ámbito de la socialización del futuro trabajador y la familia como unidad identificada por su origen nacional era el nexo para acceder al trabajo. Rosa, migrante chilena, vivió con los parientes de su marido sólo un par de meses, mientras él trabajaba como temporario y “en negro”. Luego el hombre obtuvo a través de un primo el puesto de encargado de chacra, lo cual le resolvió la estabilidad laboral y el problema de la vivienda. Gracias al nexo familiar que actuó ante un patrón conocido, como “referente” del recién llegado, el marido de Rosa consiguió trabajo. Lo mismo sucedió Esther, otra migrante, quien no sólo había llegado junto a su marido sin trabajo sino, además, sin saber nada de las tareas culturales de las chacras. Sus familiares fueron necesarios también para aprender a trabajar en la fruticultura.

Esta relación entre socialización en el trabajo y familia, se pudo observar en la siguiente generación de trabajadores rurales, como en el caso de Sandro, un chico descendiente de chilenos y alumno de la escuela. En la chacra en la que vivía participaba en el aprendizaje de las tareas de chacra junto a su padre, cuando se realizaban los respectivos trabajos correspondientes a cada estación: la poda, el raleo y la cosecha. El trabajo del personal permanente y temporario, que en esta chacra era

íntegramente chileno, se complementaba con otras tareas realizadas por chicos y mujeres, generalmente de la unidad doméstica. De este modo, en algunos períodos del año, Sandro estaba no sólo con su familia, sino también con otros trabajadores chilenos. Su temprano ingreso a la adultez se revelaba en el modo de hablar de Sandro en la escuela y dentro de la chacra: aquí empleaba expresiones como “harto cansado”, “para recuperar fuerza hay que comer ñaco”, “chucha que iba fuerte...” “al tiro iba cosechando...”, o el arrastre de las vocales al pronunciar algunas palabras, que lo mostraban más chileno. Lengua, habla y actividad denotaban la chilenidad del trabajo en la chacra. Las expresiones “chilenas” respondían al trabajo y revelaban su sentido en las prácticas de la jornada laboral. La palabra transmitía el conocimiento del trabajo, tanto el conocimiento práctico como el teórico, esto es, los valores y normas asociados a él.

Según Roble, padre de Sandro, los cinco empleados con los que compartían el trabajo y que hacían la temporada de fruta en esta chacra estaban declarados y los patrones tenían la obligación de convocarlos anualmente para cada cosecha. En este caso, al ser trabajadores trasandinos se les avisaba que deben presentarse en la región a través de radios chilenas o telefónicamente. Los patrones tenían la precaución de convocarlos ya que, en caso de no hacerlo, los trabajadores temporarios podían presentarse en la chacra y exigirles el pago de su temporada. Roble enfatizó en varias oportunidades que “es derecho del obrero que lo llamen” o que “si es compañero chileno hay que guardarle el lugar”, demostrando cierta lealtad con sus connacionales trabajadores. El reconocimiento de su adscripción como trabajador y chileno diferenciado de los intereses del patrón que “siempre dicen que no tienen plata, pero después se van de viaje...” revelaba cierta asociación entre clase y nación.

La representación de que el chileno es un “buen trabajador” que nunca “pide de más” es una construcción que se erige en oposición a los trabajadores temporarios que llegaban del norte argentino. La chilenidad garantizaba la disciplina de trabajo como un atributo a destacar frente al empleador, como una manera de presentarse en oposición a la connotación peyorativa que a veces transmite “ser chileno” en la Patagonia. “Chileno pero laburante” solía escucharse dentro de las chacras, transformándose en una garantía tanto de conocimiento como de compromiso con las tareas asignadas.

Desde estas señales es que familia, trabajo y chilenidad se fueron entrecruzando desde el trabajo de campo, pudiendo concluir que así como los migrantes que llegaron desde Chile al Alto Valle necesitaron de algún pariente para conseguir trabajo “por

referencia” y aprender las tareas en las chacras, los chicos hijos de chilenos también se ven involucrados en el aprendizaje del trabajo a través de la familia. A los recién llegados a la zona “ser chilenos” les facilitó el acceso laboral; a sus hijos “ser argentinos” no les garantiza tener trabajo, por lo que reproducir en ellos cierta chilenidad y sus lazos con los connacionales de los padres contribuyó a ratificar su lugar de chilenos trabajadores de la fruta.

### **Nuevos elementos de indagación**

Como habría adelantado, continuar trabajando con migrantes trabajadores rurales a lo largo de varios años permitió revisar algunas conclusiones anteriores a la luz de cambios en el contexto productivo o quizá también, a la luz de la observación y registro de elementos de análisis antes no considerados.

Una expresión de Héctor, encargado de una chacra perteneciente a una firma holandesa instalada en la zona, abre algunas líneas de indagación que permiten explotar los sentidos que los propios actores le otorgan a una “nueva ruralidad” en la producción frutícola. Ante la pregunta sobre los cambios que él podía percibir entre los modos de trabajar en la chacra cuando era pequeño y en la actualidad respondió:

si antes hubieran existido solamente empresas grandes, nosotros no hubiéramos aprendido a trabajar hasta los 18 años o hasta los 16... que algunas empresas los toman a los 16, porque los productores chicos la mayoría el 60% trabajan en negro y por eso en ese entonces iba a laburar mi abuelo y nosotros le íbamos a ayudar, ahora no se puede. Uno cuando nace en la chacra si a mi me decían “vas a estudiar o vas a pelar un poste”, iba a pelar el poste, me sentía más cómodo en la chacra con mi abuelo que en la escuela. Con el poco estudio que tuve el tema de los papeleríos me desempeño bien, no es que si no tenés el secundario no podés llenar un cuaderno de México, ahora se lleva más el control que antes.

Héctor es nieto de chilenos, tiene 39 y como muchos otros aprendió, desde temprana edad, el trabajo junto a un familiar desde la transmisión oral y desde la práctica. La socialización que experimentó no podría continuarse actualmente con su descendencia: los controles del trabajo infantil son más rigurosos y las referencias para conseguir trabajo que funcionaban tales como haber aprendido con un familiar o un conocido ya no tienen plena vigencia.

Los ingenieros agrónomos de las grandes empresas manifiestan necesitar “gente capacitada”, “despierta”, que pueda “absorber los cambios del mercado internacional”. Se realizan en la chacra procedimientos antes desconocidos como llevar un “cuaderno de campo”, en el que quedan registrados la captura de pestes como la arañuela, aplicación a agrotóxicos, los riegos, la fertilización, que luego son controlados por organismos estatales como la Secretaría de Fruticultura o por privados como representantes de compradores externos. Llevar estos cuadernos requieren estar alfabetizado y cierto manejo de terminologías técnicas que dependerán de los perfeccionamientos generados por las propias empresas y no exclusivamente de la transmisión oral. Como habría manifestado Luis, un delegado de UATRE<sup>10</sup>:

en la chacra son trabajos calificados la poda, el raleo, la cosecha, pero que los “corredores”<sup>11</sup> no les dan trabajo a los jóvenes porque no les dan la oportunidad de aprender, los ven y dicen, “no no sabés”, siempre falta gente por un éxodo de los trabajadores a la ciudad, nadie quiere vivir ahí, entonces antes que los chicos cuando llegaban a una edad y los patrones le decían al peón, “che, el pibe ya está bueno para trabajar, no querés que entre otra plata a la casa”, y ahí se podía a trabajar con el padre y aprendía, los pibes por ahí dejaban de ir a la escuela y por la ignorancia se garantizaba mano de obra, pero ahora se han perdido como dos generaciones que no saben el trabajo en las chacras.

Propietarios y encargados suelen enfatizar esta contradicción entre la constante demanda de mano de obra del sector y la escasa oferta calificada, situación que consideran que no existía “antes”, cuando siempre había chilenos para trabajar. Sin embargo, las calificaciones requeridas actualmente marcan jerarquizaciones laborales que no existían o no existen en una chacra de 5 a 10 hectáreas: categorías ocupacionales como “regador”, “tractorista”, “corredor”, “encargado”, “capataz” y “responsable técnico” se posicionan con las grandes empresas, puestos y tareas que en un predio menor de 20 hectáreas era solucionado con un encargado y dos peones permanentes.

Como comentó Héctor:

todo el tiempo hay que saber cosas nuevas, ahora por ejemplo hay una poda distinta para cada variedad, el riego, antes era por manto, ahora hay riego por aspersion, por goteo, por microaspersion, por canaleteo. En las curas

---

<sup>10</sup> Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores.

<sup>11</sup> Encargados del personal de las grandes empresas que circulan por las diferentes chacras.

uno antes se subía al tractor, enganchaba la curadora y salía, no se ponía un equipo de cura, no se ponía una máscara, ahora hay que tener una persona preparada para que ande arriba de un tractor, no cualquiera se sube arriba de un tractor. Las exigencias son cada vez más grandes.

Las referencias a las exigencias provenientes “del exterior” que denotan conocimiento de la relación entre el producto extraído de la chacra y el destino en el mercado internacional cobra fuerza en los relatos:

ellos compran la fruta, tal tamaño, y tiene que estar como ellos la piden, la presión que ellos quieren, sale todo en condiciones, por eso, más antes de la cosecha, vienen a inspeccionar, el otro día vinieron los de México.

La evidencia de la vinculación de la organización del trabajo en la chacra y las demandas del el mercado internacional parece determinar un estricto control sobre el trabajo, sin embargo, esto no ha impedido que las prácticas de confrontación con la patronal se manifiesten. En el verano del 2006 los delegados de UATRE decidieron en asamblea medidas de fuerza para petitionar aumento de los salarios; la paralización de la cosecha y el impedimento de entrada de fruta a las empacadoras o el corte de rutas para que los camiones no transporten embarques al puerto de San Antonio Oeste puso en tensión los intereses que se ponían en juego: no era una pulseada contra los pequeños productores nucleados en las diferentes cámaras locales, sino principalmente contra la CAFI<sup>12</sup>. Estos y UATRE se transformaron en los interlocutores reconocidos para la negociación.

Este conflicto también evidenció cambios en las formas de petitionar mejoras salariales: ante un importante número de afiliados pertenecientes a grandes empresas<sup>13</sup>, las demandas individuales o dispersas son desplazadas por la representación sindical. Además, en los debates en el seno del paro se expresaron las percepciones que circulan sobre los diferentes tipos de trabajadores, no era lo mismo ser “de acá”, aunque ese acá involucrara origen nacional argentino o chileno y ser “norteño”, los cuales fueron calificados en algunas asambleas de delegados como “esos muertos de hambre que seguro van a seguir trabajando”. El mismo sindicato se transforma entonces en un portavoz de significaciones sobre lo que es ser un trabajador rural en el Valle: en la cosecha se tiende a solicitar la elección de delegados por chacras para las delegaciones

---

<sup>12</sup> Cámara Argentina de Fruticultores Integrados.

<sup>13</sup> Según los listados de afiliados a UATRE de la delegación Allen, sobre un total de 1128, un 10% de los afiliados pertenecen a una sola empresa.

locales<sup>14</sup>, pero, como manifestó un delegado “siempre tratamos de meter a los de acá” o como comentó un trabajador chileno

que a pesar de que mis compañeros de trabajo eran todos argentinos del norte ellos me eligieron para ser delegado, y eso te da más ganas de seguir, porque aunque seas extranjero te eligen.

Los límites entre “los de acá”, los “nativos” que incluye descendientes de chilenos nacidos en argentina y migrantes chilenos, y los migrantes norteros, expresaba demarcaciones como trabajadores. Quizá el disciplinamiento y “la confianza” depositada en la mano de obra migrante proveniente de Chile explique su presencia de puestos de gestión como encargados y capataces, situación de la que quedan excluidos los migrantes temporarios “norteros”, los cuales pasan a ocupar los niveles de mayor precarización. A la ocupación temporal y precaria de estos migrantes debe sumarse la circulación de una representación del “nortero” que poseen los trabajadores chilenos: ser del norte incluye una población proveniente de Tucumán, Santiago del Estero, Corrientes y Entre Ríos que son “raros”, que mientras podan “se envuelven todo el cuerpo, incluida la cabeza”. Para los empresarios constituyen un flujo necesario para satisfacer la corta pero intensiva demanda de mano de obra para la cosecha que no se completa con mano de obra local y que años atrás era satisfecha con migración chilena. Los chacareros manifiestan que por venir de zonas pobres del país “son tan flacos que casi no tienen fuerza, los chilenos eran más fuertes, para el trabajo más brutos, pero no dejaban pasar una”.

La complejidad que involucra ser trabajador rural en la fruticultura está atravesada entonces por situaciones de clase, en tanto asalariados en oposición a las “empresas de afuera” y por pertenencias de origen nacional y provincial. Los chilenos y su descendencia suelen dominar los puestos de mayor reconocimiento por su antigüedad y conocimiento del trabajo frutícola, al tiempo que las formas de socializarse como trabajadores ya no posee la misma vigencia en las pequeñas propiedades en las que se mantiene una relación “cara a cara” con la patronal y en las grandes empresas, en las que “siempre están cambiando la manera de trabajar”.

Los trabajadores se insertan así en los engranajes de una “nueva ruralidad” no de manera automática, sino atravesados por experiencias, acciones y representaciones derivadas de sus orígenes de clase, de residencia y de nacimiento. Observar que muchos

---

<sup>14</sup> Se prevé la presencia de un delegado cada 10 trabajadores.

de los trabajadores rurales sean migrantes de diverso origen, que la propia patronal ya no sea el pequeño propietario que se ve todos los días, o que el sindicato centralice las demandas salariales, permite atender las diversas experiencias, representaciones y conflictos que atraviesan las relaciones sociales dentro de las chacras.

En este contexto la etnicidad parece no constituir el pasaporte exclusivo para mantenerse en el mercado de trabajo, aunque sí participa en el proceso de constitución de grupos que logran combinar continuidad y transformación, influidos por cambios en los ordenamientos socioeconómicos que definen cambiantes interpelaciones e interlocutores. La etnicidad recobra así relevancia por la forma en que puede vincularse con diferentes desigualdades sociales. Apelar a la relación entre clase y etnicidad constituye pues un desafío para indagar la materialidad de los procesos y la producción cultural, así como las respuestas políticas de los grupos subordinados (Briones, 1998).

## Bibliografía

- ARCHETTI, Eduardo y STOLEN Kristi Anne. 1975. *Explotación familiar y acumulación de capital en el agro argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BANDIERI, Susana (coord.). 2001. *Cruzando la cordillera... la frontera argentino-chilena como espacio social*. Neuquen: CEHIR.
- BARTOLOMÉ, Leopoldo. 1974. Los colonos de Apóstoles. Estrategias adaptativas y etnicidad en una colonia eslava en Misiones. Tesis de Doctorado: AMS Press.
- BENDINI, Mónica y RADONICH, Marta (coords.).1999. *De golondrinas y otros migrantes*. Buenos Aires: La Colmena.
- BENDINI, Mónica y TSAKOUMAGKOS, Pedro. 2000. “Modernización agroindustrial y mercado de trabajo, ¿flexibilización o precarización? El caso de la fruticultura en la cuenca del río Negro”. En *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires: ALAST.
- BORON, Atilio. 1999. “Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada”. En BORON, Atilio; GAMBINA, Julio y MINSBURG, Naum (comp.) *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-EUDEBA.
- BRIONES, Claudia. 1998. *La alteridad del “Cuarto Mundo”. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- CERUTTI, Angel y LVOVICH, Daniel. 1993. “Cultura de fronteras y prejuicio antichileno en la Argentina. El caso del territorio del Neuquen 1885-1930”. En *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Año 2 N°2. Roca: Universidad Nacional del Comahue.
- GUBER, Rosana. 2001. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- KLOSTER, Elba y otros. 1992. *Migraciones estacionales en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén en el último decenio*. Mimeo. Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.
- KROPFF, Laura. 2001. *De cómo paisanos y chilotes devienen vecinos. Migración, identidad y estado en San Carlos de Bariloche*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, UBA. Buenos Aires: Mimeo.
- MASES, Enrique, FRAPICINI, Alina y otros. 1994. *El mundo del trabajo: Neuquen 1884-1930*. Neuquen: GEHISO.
- NEIMAN, Guillermo y QUARANTA, Germán. 2000. “Reestructuración de la producción y flexibilidad funcional del trabajo agrícola en la Argentina”. En *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires: ALAST.
- PETRAS, James. 2000. *Globaloney*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- PERREN, Joaquín. 2005. “Migrantes y trabajadores. Aproximaciones demográficas y culturales a un fenómeno de construcción urbana (Neuquén: 1980-91)”. Ponencia presentada en 1° Jornadas de Historia Social Los Trabajadores en la Patagonia. Neuquen: Universidad Nacional del Comahue.
- SCHIAVONI, Gabriela. 1995. *Colonos y ocupantes*. Posadas: Editorial Universitaria-UnaM.
- TEUBAL, Miguel. 2001. “Globalización y nueva ruralidad en América Latina”. En GIARRACA, Norma (comp.) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*. Buenos Aires: CLACSO-ASDI.
- TRPIN, Verónica. 2004. *Aprender a ser chilenos. Identidad, trabajo y residencia de migrantes en el Alto Valle de Río Negro*. Buenos Aires: IDES-Antropofagia.